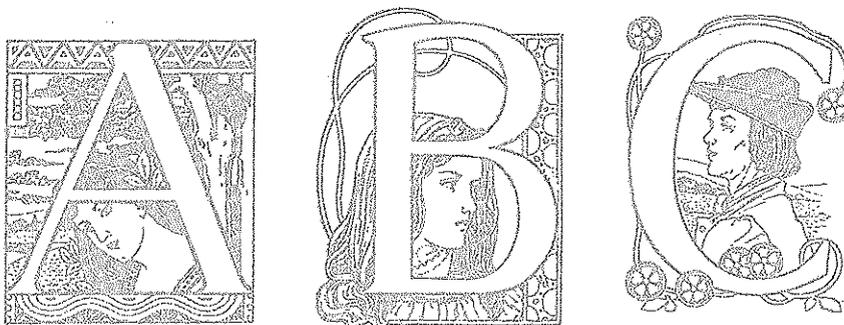


# OTRA CARA



## DEL QUEHACER LITERARIO

### EL ACERCAMIENTO CRITICO A LA OBRA

Marino Troncoso, S.J.

Nuestra preocupación ha sido la de muchos y la repitió el maestro Octavio Paz al inaugurar el presente Congreso: en América Latina es evidente la carencia de una crítica y por lo tanto se cuestiona la modernidad de su literatura. Obviamente no se trata de falta de reflexión crítica de sus autores ni de los investigadores y estudiosos que analicen y valoren obras concretas. Lo que añoramos es un pensamiento crítico total generado desde dentro, desde nuestra historia, nuestra tradición y nuestros valores. Un pensamiento que se genera más allá o más acá de la literatura sin que por ello se pierda la índole propia del texto literario. Es apremiante construir, como lo ha hecho la teología, una visión propia que responda éticamente a la necesidad de un cambio sociocultural. Y esa visión debe dar razón de un quehacer que se lleva a cabo, como en la situación de Colombia, en medio del conflicto, de la angustia y el cuestionamiento de su utilidad.

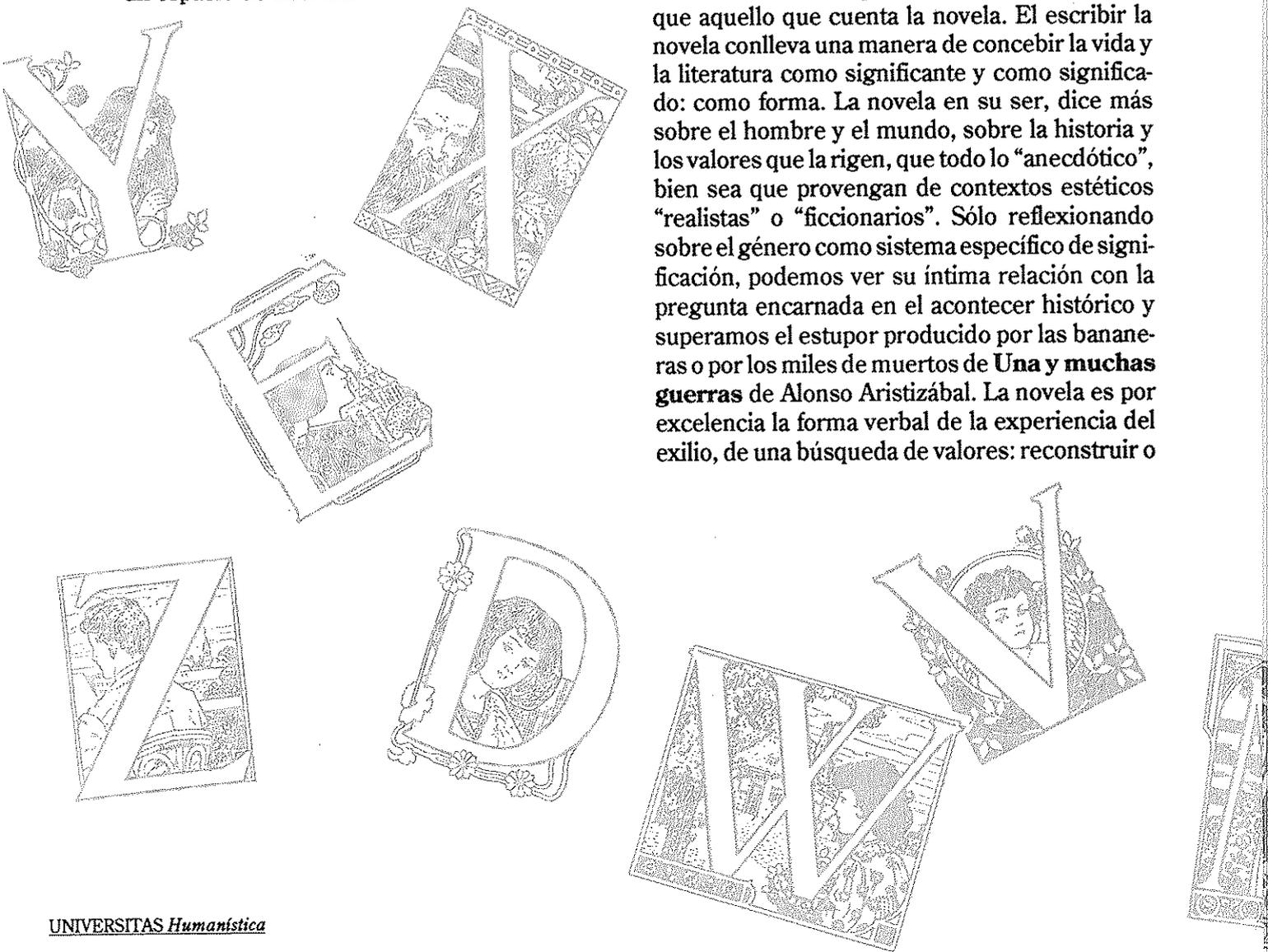
Nuestra tarea es la de acercarnos al texto, a **Cien años de soledad**, **Aire de Tango**, **La tejedora de coronas** o **Celia se pudre**, a esa palabra que nace rompiendo el silencio, que se integra a la más amplia del continente y de la humanidad y que elaborándose desea conquistar el espacio de la realidad, de la historia y del mito.

Quizás algunas veces el problema de nuestra falta de comprensión o de pérdida en el laberinto de los metalenguajes radica en el oscurecimiento del ser mismo de la literatura que, como lo afirmó Alfonso Reyes, es un ejercicio mental que consiste en una manera de expresar asuntos de cierta índole. Literatura es una manera de expresar, es el lenguaje centrado en la imagen dinámica y simbólica, es la configuración de una estructura, de una forma creadora, en nuestro caso la novela, que implica manera de ser, percibir y expresar al hombre a partir de un imaginario plasmado. Sin ese lenguaje ambiguo, oblicuo y gestador que

no nos permite perder la materialidad del texto y de la existencia, ni tampoco el reduccionismo a una lectura monosémica, no hay literatura. Alfonso Reyes lo recordaba: es escribir sobre asuntos que verbalizan la experiencia humana. Toma de conciencia que brota de la recepción de los textos de García Márquez, Mejía Vallejo, Germán Espinosa o de Rojas Herazo, de la soledad, del amor, de la vida, de la muerte, pero sobre todo de la esperanza. Por eso, la auténtica literatura, aquella que vive en o al margen de un canon oficial, no rechaza a nadie y sólo exige del lector inteligente profundidad de vida para comprender desde adentro aquello que alguna vez había vivido y pensaba que era incomunicable. Literatura que se sitúa en el espacio de la pregunta afirmando o negando un sentido, pero siempre postulándolo con la hermenéutica. Expresión que crea su propia realidad en búsqueda de valores auténticos y relativiza los llamados absolutos. De ahí su importancia: Ella, la literatura, desinstala nuestra mirada que no sabe ver ni a Mancondo, ni a Balandú, ni construir un espacio de libertad.

La novela es un sistema de significación que posee su propio significante -la instancia narrativa- y su propio significado -la búsqueda del héroe. Ella empieza cuando alguien "toma la palabra" y termina en su componente retórico cuando dice "basta" como Ernesto Arango en *Aire de tango*. Es el azar del viaje-peregrinaje del héroe siempre dual que realiza un aprendizaje retomado por la escritura como destino. Función narrativa, contenido semántico y dimensión filosófica de una forma que termina generalmente en el fracaso, si fracaso puede ser, la toma de conciencia y la lucidez. El final del "viaje" que coincide con el encuentro con la totalidad del libro (como le acontece al último de los Buendía). Es el momento en que se afirma la verdadera esperanza porque han terminado todos los motivos para esperar y cualquier comodín sobra como ilusión ante la carta que nunca llegará.

Retengamos de lo anterior un hecho fundamental: para el crítico y me atrevería a decir, para algunos escritores como Rafael Humberto Moreno Durán, es más importante escribir una novela que aquello que cuenta la novela. El escribir la novela conlleva una manera de concebir la vida y la literatura como significante y como significado: como forma. La novela en su ser, dice más sobre el hombre y el mundo, sobre la historia y los valores que la rigen, que todo lo "anecdótico", bien sea que provengan de contextos estéticos "realistas" o "ficcionalistas". Sólo reflexionando sobre el género como sistema específico de significación, podemos ver su íntima relación con la pregunta encarnada en el acontecer histórico y superamos el estupor producido por las bananeras o por los miles de muertos de *Una y muchas guerras* de Alonso Aristizábal. La novela es por excelencia la forma verbal de la experiencia del exilio, de una búsqueda de valores: reconstruir o

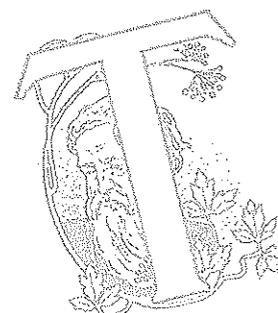
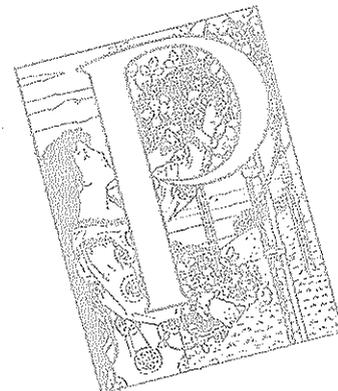


integrarse en el paraíso original. Atrás ha quedado el primer pueblo y sólo resta soñar la ciudad de los espejos en la que no se tendrá una segunda oportunidad. Dice Bajtin que la novela es el género que está haciéndose continuamente, que evoluciona y anticipa no sólo la evolución de la literatura, sino del hombre y sus preguntas.

Podríamos detenernos en los acontecimientos teóricos y metodológicos al género, teniendo en cuenta sus matices socio o sico-críticos, pero ante la imposibilidad de hacerlo, destaquemos algunas afirmaciones que dan pautas a la investigación del mismo. Recordemos que la novela es la plasmación del epos, de la relación individuo-colectividad con sus implicaciones de pacto, rechazo o transformación y además su ya reconocida pertenencia al ideologema del signo. Ella es el no orden de la existencia que adquiere sentido en el discurso de alguien que toma la palabra y pide ser escuchado. Muchos de los temores experimentados frente a obras concretas, quizás las más válidas, tiene su origen en el diferente episteme de aquel que se acerca a ellas. Nunca podrán entender la forma novelesca que brota de otra actitud y que exige leer de otra manera el ser hombre-histórico y su búsqueda, quienes posean estructuras mentales formadas en el ideologema del símbolo y conserven siempre la nostalgia por lo absoluto, por el poder y por el encasillamiento. La novela, captada en su totalidad de estructura narrativa, en la totalidad del mundo virtual creado por el narrador en su afán de reorganizar el tiempo, el espacio y la acción del hombre y su dimensión política, purifica. Es palabra mediata sobre el hombre y su esperanza, **Cien años de soledad**, **Celia se pudre**, existencia e historia, desde afuera y desde adentro, retomada por la palabra-conciencia que al convertirse en escritura es portadora de luz. De ahí los recorridos por los pasillos de la oficina convertidos en espacio de juegos en el barco evocado y el deseo de descubrir las claves de los manuscritos de Melquiades. Estas visiones generales se han concretizado y al mismo tiempo cuestionado en el estudio de la obra de Manuel Mejía Vallejo (1), quien nació en 1923, en Jericó, departamento de Antioquia y por lo tanto se relaciona con una historia, unos valores y una manera concreta de aprehender la realidad. En sus textos se percibe una tradición literaria y más allá de ellos, el horizonte de una región a la cual siempre ha permanecido unido. El, siguiendo un proceso creativo alimentado por

la tradición estética de Tomás Carrasquilla y su respectiva significación, encuentra su propio lenguaje, tema y forma y nos permite comprender la íntima relación existente entre la instancia narrativa básica, la oralidad y el acto de confesión, y el constante núcleo temático sintetizado en la frase "vivir-morir, recordando los caminos en la soledad". La relación entre ambas conforma la mediación de la estructura significativa en la estructura narrativa. Es la unidad de la plenitud del signo que sólo por método dividimos en procedimiento creativo y visión del mundo: es su memoria y su memorial, su evocación y su manera de evocar. Su evolución formal no es arbitraria y manifiesta gradualmente una aceptación, una contestación y una superación del medio cultural.

(1) Luis Marino Troncoso, *Proceso Creativo y Visión del Mundo en Manuel Mejía Vallejo*. Procultura, Bogotá, 1986.

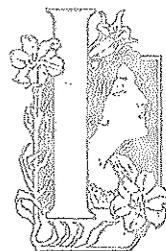
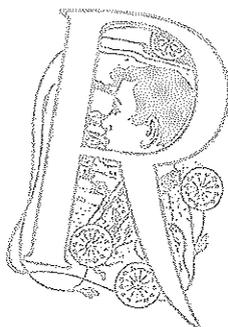
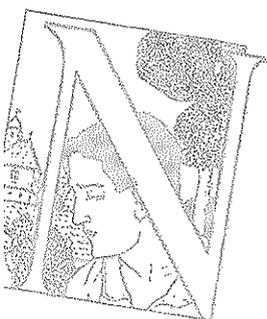


En Manuel Mejía Vallejo, más allá de la aparente dispersión de los procedimientos que utiliza, percibimos una “técnica específica de narración que se explicita en un cuento casi desconocido, obra menor, titulado “Cortina de humo” en el que se presenta la clave para re-leer, **Aire de tango**, **Tarde de verano** y **La casa de las dos palmas**. La voz que confiesa es más importante que la confesión misma y aunque parezca paradójal, el contenido de la enunciación es lo que define la identidad del narrador que integra las dos instancias de la narración. Además, superando los temas particulares de cada obra, se decantan las acciones narrativas de los episodios anecdóticos destacando como tales partir, buscar, decidir y recordar en medio de dos temas contextuales obsesivos: la soledad y la muerte.

La meta fue llegar a ese espacio donde la llamada estructura formal y la temática se iluminan mutuamente sugiriendo los diferentes niveles de significación. Ahí hablamos de estructura significativa que en la dimensión literaria es la manifestación de la visión del mundo del autor. “Vivir-morir, recordando los caminos en la soledad” no es un concepto sino una imagen. Ella re-crea un hombre solo, encerrado en sí mismo, en sus recuerdos, en su pasado. Imagen visual de textos

que nos dibujan al colombiano Fernando González con todo aquello que significaba el camino para el solitario de Envigado y hace también pensar en Barba Jacob y su constante dialéctica de vida y muerte. Es el acto de recordar que está en los cimientos del costumbrismo antioqueño, diferente al bogotano y mal comprendido. Ese “vivir-morir recordando los caminos en la soledad” nos remonta a los días de la colonización antioqueña, a unas formas de producción, a la conciencia lúcida de la pérdida de un liderazgo, crisis de una ideología, de unos valores y de una fuerza creadora. Frase que nos introduce a la historia de Colombia, soledad y violencia con poca memoria crítica y donde cada uno ha tenido que encontrar su propia verdad para poder vivir. De las montañas al laberinto de la ciudad y de ahí al tango: manera de instaurarse en la realidad. El tango es un sistema de significación distinto al de la novela pero, asumido por ésta se convierte en mediación con la sociedad. Para algunos es evasión fácil. Para otros, manera de construirse un espacio reificando la realidad para verla menos terrible.

Al concluir la investigación, las preguntas iniciales se formularon de otra manera: ¿Por qué la crítica?, ¿por qué la novela?, ¿por qué Mejía Vallejo?... Ahora se trabaja a Héctor Rojas Herazo (2) y sus textos **Respirando el verano** (1965), **En noviembre llega el arzobispo** (1967) y **Celia se pudre** (1986). Ellos pertenecen al espacio cultural del Caribe donde lo sensorial parecería reemplazar a la interiorización y sin embargo intuimos que los procedimientos y los temas: la forma narrativa, no es tan diferente a la del autor de la montaña. Esperamos que la investigación y sus resultados nos permitan encontrar el verdadero texto que ilumine, al menos en su ausencia, la sociedad que a veces soñamos aun a riesgo de perder la literatura ♦



(2) “Celia: Núcleo imaginativo de una visión de mundo”. Ponencia presentada en el V Congreso Anual de Colombianistas Norteamericanos, Cartagena, 1988.